AÑO XXI 20 NOVIEMBRE DE 1912 NÚM. 527

LA ACADEMIA CALASANCIA

FUNDADOR: REDMO. P. EDUARDO LLANAS, ESCOLAPIO: CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL ÍNDICE

EL ASESINATO DE CANALEJAS

No sólo gime aún nuestro ánimo bajo la hondísima impresión de horror que este hecho nos ha producido, sino que a medida que el tiempo pasa, apreciamos más intensamente lo grave, lo horroroso, lo enorme de un atentado del que ha sido víctima el Presidente del Consejo de Ministros de España, Excelentísimo Sr. D. José Canalejas Méndez.

El cual completa el triunvirato de Jefes del Gobierno que en España han perecido víctimas del plomo sectario, pues la misma suerte han corrido en nuestra época contemporánea Prim y Cánovas del Castillo.

¡Triste privilegio el de una nación que tales particularidades muestra! ¡Macabro desfile de personalidades integérrimas, cuya vida estuvo a merced de un infame pillete! ¿Qué castigos más terribles o qué avisos más insistentes nos da la Divina Providencia, consintiendo actos cuyo roce provoca divagaciones y pensamientos espantosos en nuestro ser?

Un hombre que a sus altas condiciones de cultura y relieve personal une la de hallarse en el más elevado cargo del poder ejecutivo de una nación, se pasea por las calles de su capital con la apariencia de aquella sencilla majestad y aquella confianza del que se mueve en una sociedad cuya inmediata dirección le está encomendada. Pero aquella elevada personalidad, aquel hombre privilegiado no va solo; tiene una ronda de policía que en todo momento vigila su existencia y sus pasos, como si se tratase del más abyecto de los criminales. Un *círculo de hierro* lo rodea en su casa, en el paseo, en el teatro, en el Parlamento, en el Alcázar. ¿De quién se trata cuando ni en la natural expansión de la vida social tiene cabida? ¿Cuál es esa nación, esa sociedad que de tal manera estrecha la vida de sus hombres directores y tan amplia y desahogada se la concede a quienes de continuo los acechan, armados del puñal parricida? ¡No es

país libre, no! ¡Bórrese del frontispicio de su Constitución la palabra LIBERTAD, pues sus garantías son de uso exclusivo de los criminales y de los asesinos, que cubiertos con ese precioso manto, arteramente rematan la existencia de sus hombres de gobierno, y truncan de continuo la tranquilidad y el sosiego de los devotos de la abnegación y sacrificio!

Ni a los Canalejas, ni a los Maura, ni a los Lacierva, ni a los demás que al progreso colectivo se consagran, puede ofrecerles la nación aquel sosiego y aquella seguridad que tan liberalmente concede a los Angiolillo, a los Artal, a los Posa, a los Pardinas y a los Pablo Iglesias. ¡Prueba palmaria del estado de degradación y de relajamiento que padecemos!

La democracia o la demagogia, no sabemos cuál de las dos, porque aunque distintas en esencia se confunden lastimosamente en la práctica, ha proclamado la libertad omnímoda del ser humano, con la secuela de pensar y obrar como a cada uno mejor le satisfaga. La democracia o la demagogia, no sabemos cuál de las dos, ha dado en confundir el instinto animal con el sentimiento humano. La democracia o la demagogia, una u otra, confunde el pueblo con la chusma. De ahí que, o bien la democracia, o bien la demagogia, creyéndose mandataria del pueblo, guiada por la pasión carnal, y erigiéndose en soberana del mundo, oponga barrera de sangre, de alevosía, de muerte, a la acción de aquéllos que representan la noción de Autoridad y de orden.

¿Qué móvil les guía? ¿Acaso arman la justicia popular contra las demasías de un tirano? Veamos.

Los protagonistas de la revolución de julio de 1909, los mismos familiares del instinto rastrero, de la envidia, de la embriaguez, del robo, del vicio, llaman asesinos, tiranos, sanguinarios a dos hombres públicos que en los tiempos actuales arrostraron exclusivamente la misión altísima de imponer el orden a sus eternos enemigos. Por eso están señalados, sentenciados; sufren acechos y atentados. «¡No puede consentirse la barbarie del poder en los tiempos modernos! Si persiguieron a ciertos elementos anárquicos, ¿cómo no pueden volverse éstos contra aquéllos? ¿Cómo? ¿No puede consentirse que los representantes de la sociedad profundamente herida, se vuelvan contra sus mayores enemigos? ¡Abajo la tiranía...! ¡Claro! ¡Viva el pueblo libre...!»

Y es lo cierto que al día siguiente ocupa el poder un gobernante que no sólo suspende toda coacción, sino que los mima, los halaga; procura locamente atraerles a su centro, y bajo el período de su mando se consienten toda suerte de expansiones de palabra y obra, y se llega a permitir la glorificación de hombres y hechos de una ferocidad sin límites. Las consideraciones de esos elementos son cuatro tiros descerrajados a quemarropa y por la espalda contra ese hombre de espíritu amplio y complaciente.

¿Contra quién va, pues, el anarquista español? ¿Contra Maura, todo freno, todo rigidez, o contra Canalejas, todo liberal, todo tole-

rante? Ni contra uno ni contra otro. Va contra el orden social simplemente.

***

Apartemos de la general protesta y de la unánime anatematización que este asesinato ha producido, aquélla que sincera y entusiasta se vino alzando contra la imprevisión de las consecuencias de tal estado de cosas. Encarémonos contra aquéllos a quienes estos desenlaces fatales no producen más huella en su ánimo que la consideración o simpatía por la víctima, y que suponen el móvil del asesinato, simplemente obedeciendo a causas de degeneración mental de un hombre aislado. Por desgracia, el atentado ha ido contra algo más eterno y superior al Sr. Canalejas, y no es el producto individual de la locura, sino el producto social de un sistema político de tolerancia a todas luces contraproducente.

Podríamos decir que el desenlace dolorosísimo que ha tenido el ilustre Presidente del Consejo de Ministros es la determinación, la resultante de su actuación gubernamental. Y al afirmar esto no pretendo censurar la personalidad de quien con tanta nobleza y honradez consagró todas sus potencias al mejoramiento de una patria que idolatraba y a la que caballerosamente creyó servir con apelaciones de tolerancia y agasajamiento al sentido de gentes que lo tienen embotado en el lodazal del odio y del embrutecimiento, sino simplemente en mi calidad de investigador escudriñar los móviles de un atentado que ha producido sorpresa por lo inopinado e inconcebible.

Recordemos fechas anteriores de su gestión al frente del Gobierno y fijémonos en la de 1910 en cuyo año el Sr. Canalejas, desde la cabecera del banco azul, en pleno Parlamento, examinando los aspectos agudos que en aquel entonces revestía la cuestión obrera, se veía impelido a oponer el dique de su avasalladora elocuencia a las demasías del proletariado, y nada menos que él, radical, demócrata de toda la vida, en un arranque de sinceridad que jamás se elogiará lo bastante, y dejando entrever la gigantesca energía de su espíritu al través de las fuertes ligaduras de prejuicios sociales que lo aprisionan, repudiaba a las libertades modernas que a tales estados de desasosiego y anarquía nos han conducido.

¡Qué horribles enseñanzas nos ofrece su gobierno! Su programa anticlerical con el que se proponía coartar la libertad evangelizadora de la Iglesia, su proyecto de reducir las Ordenes religiosas, cuyo fin es el amor universal por Dios, cuyos medios son la persuasión y el ejemplo y cuyo objetivo es la restauración social en Cristo, único que puede restañar las heridas que la sociedad padece, todo ha quedado incumplido; porque otras preocupaciones más graves han agobiado el ánimo del Gobierno del Sr. Canalejas, que se ha visto impelido por las circunstancias a volver sus armas ofensivas, no contra la Iglesia, sino contra aquellos elementos perturbadores, anárquicos, a cuya satisfacción trataba de consagrar el poder y los manejos anticlericales del mismo. ¡Qué vergonzosa evidencia!

Pero aún esta lección que una realidad aplastante nos venía presentando, no era lo suficiente para sufrir el escarmiento de un error fundamental de política, y para confirmarlo ha sido preciso que rodara confundida con el polvo del arroyo su figura preeminente, sobre cuya sagrada investidura ha osado poner su mano encallecida por el puñal asesino, un infame de la secta a la que en su sistema tolerante distinguía la víctima. ¡Qué aterradora se nos ofrece en ocasiones la evidencia de los hechos!

El error fundamental de la política canalejista ya lo hemos insinuado: Las condescendencias del poder público con sus más tenaces y osados enemigos.

La misión del poder es tan elevada, que ante los dictados del orden social jamás debe intimidarse, ni abandonar sus posiciones privilegiadas. La sociedad, guiándose por aquellos principios que con carácter tan incontrovertible le ha asignado Dios, único origen y centro del mundo, reclama de todos sus elementos la pacífica cooperación a la consecución de sus ideales eternos, los cuales no pueden alcanzarse si la humanidad no es dirigida por aquellos seres a quienes el Señor ha dotado del privilegio de sus facultades, y que en uno u otro orden asignan a los hombres agrupados en razas y éstas en nacionalidades, aquellos derroteros que les han de asegurar el camino de la gloria. Es tan palmaria la noción de un poder, de una autoridad de un ser o seres privilegiados, que aun aquellas escuelas antinaturales que rechazan esta desigualdad, son inspiradas y alentadas por un número contado de pensadores, y sus ideales son servidos por cierto número de personalidades directoras que no son precisamente la totalidad de la masa.

Si esto es así, si el mundo no se mueve más que a impulsos de aquellos ideales que alientan predicadores y sabios, si el imperio de la Ley descubre en nosotros algo superior, algo innato, algo eterno, ¿cómo es dable a ciertos hombres atacar su constitución natural, vaciar su base, para predisponerlo a una inminente y fatal ruina si no la salvaguardara un Supremo Creador y Todopoderoso?

Si es lícito al ser humano, libre por la ley de Dios, pensar y opinar sobre la variedad y multiplicidad de elementos y medios que concurren a servir los ideales sublimes de la Humanidad, ésta no puede consentir por instinto de propia conservación, la libre plática de ideas y planes satánicos subversivos del orden inmutable, que sólo pueden acarrear lagunas de sangre y estancamientos de jornadas en el caminar del Progreso. No pueden consentirse estravíos de la inteligencia, como no son aceptables y se aislan las degeneraciones mentales. La tolerancia de unos u otras abocan a la Humanidad y a los hombres en particular, a idénticos cataclismos, a idénticos daños.

Negado este derecho, menos debe consentirse para la propaganda de tan antinaturales sistemas; por lo que ha de ser primera preocupación del gobernante en una nación, cortar de raíz todo germen perturbador.

No existe derecho alguno que invocar, puesto que es superior a

todos el de la defensa del Estado enfrente de quienes socavan su constitución y tratan de alterar su orden.

Sentados estos precedentes, dictados por el derecho natural, considérese lo nocivo que ha de resultar ese pacto constante de humillación que el Estado hace con los elementos anárquicos, en virtud del cual aquél se compromete a permitir la propaganda de ideas subversivas, a cambio de que el anarquismo no deje sentir su influencia práctica sobre la vida nacional.

Consiéntese la propaganda, pero no el hecho; la idea, pero no la práctica; lo abstracto, mas no lo concreto; las premisas, pero no las consecuencias. ¡Aberraciones inconcebibles que aún no han encontrado factible realidad! No hay dique alguno entre el pensamiento y la obra. La naturaleza humana nos descubre que uno y otro son inseparables, mutuamente se obedecen; la idea impulsa a la acción, y ésta tiene como norte y guía a aquélla. Para hacer factible la inconsecuencia del liberalismo, precisaría un hombre privado de extremidades y articulaciones; una rectificación fisiológica de la especie humana: reconozcamos lo erróneo del procedimiento político.

Porque aquél que ejecuta por sugestión un crimen, tal vez tenga menos culpa que el que lo instiga. Por eso, cuando al rededor del atentado del Sr. Canalejas se ha execrado solamente la figura, la acción del anarquista Pardinas; se obraba con un desconocimiento supino de la raíz del mal.

Supongamos a Pardinas huérfano de protección paternal y social, hambriento, de jornal ínfimo y vida miserable, ¡esas *conquistas modernas!* a quien por perversión del compañero llegan ideas en cuya raíz descubre algo verídico, algo que él directamente experimenta, y de aquí que su ánimo agostado por la desesperación siga paso a paso las consecuencias infames, interesadas, criminosas que de tal premisa se deducen.

¿Quién es responsable directo, inmediato en este caso? No debe recaer toda la culpa sobre el ejecutor, que bien desmenuza su situación; obra en medio de un ambiente artificioso y desapropiado; obra, para mayor claridad, a impulsos de la miseria que lo carcome. ¡Caiga, no sólo contra él la culpa de un atentado, sino también y con mayor razón, contra sus instigadores, contra aquéllos que parapetados en los parajes de la intelectualidad, o cubiertos por la toga del legislador, lanzan la bomba y rehuyen los efectos de la explosión popular!

Por eso cuando en el asesinato del Sr Canalejas trátase de reducir los efectos a los desequilibrios de un loco, y de cubrir la infamia con las plañideras de la hipocresía, los que aún conservamos sentimientos de amor al prójimo y a la sociedad, serenidad de juicio y tranquilidad de conciencia, debemos señalar más alto, mucho más; debemos acusar como agresores a aquéllos que pocos días antes, en el teatro de la Granvía de Madrid, armaban con el puñal de sus palabras la mano del infeliz Pardinas.

¡Hagamos, pues, que no se limite la acción social a execrar el atentado y a enaltecer a su víctima, sino que, como consecuencia sal-

vadora, se prevengan estos crímenes, impidiendo las propagandas disolventes!

De esta manera será cómo conseguiremos que la manifestación de protesta, verificada a raíz del atentado y en el entierro del Sr. Canalejas, manifestación engrandecida por el valor, el arrojo y el patriotismo de nuestro amado Monarca, no se reduzca a las convulsiones de una lenta enfermedad epidémica, cuyos gérmenes y contagios no fueron aislados cuando hubo lugar y se pudo.

JOSÉ CUENCA PÉREZ
Secretario de la Academia

DOS NOVELAS

¿ES NECESARIO EL BIENESTAR MATERIAL PARA EL EJERCICIO DE LA VIRTUD?

Dicen los alemanes que las teorías son *grises*. ¡Y razón tienen para ello, puesto que en su país, más que en otro alguno, se ha abusado de la especulación y se han visto allí celebradas y traídas en casi incomprensible triunfo teorías las más atrevidas, con menosprecio absoluto de la realidad.

Entre una filosofía y la doctrina acerca del perfeccionamiento moral del hombre a la que venimos prestando nuestra atención en los presentes artículos, existe una distancia enorme; y sin embargo, algo de lo que se dice de la filosofía podría decirse de la doctrina, si ésta dejara de considerar al hombre tal cual es, no alma sola, sino un ser con alma y cuerpo. El médico que quiere llenar cumplidamente sus augustas funciones, no puede limitarse a combatir el caso patológico que a sus ojos se ofrece, aplicando sus remedios de una manera rígida, inflexible, científica cuanto se quiera, cual si el hombre fuese una cosa. Debe también atender al estado moral del enfermo, y esta es la causa por la cual se exige de todo médico que sea un *pragmático,* palabra que será más o menos exacta, pero que de todos modos es la que se emplea. De análoga manera, aunque en sentido inverso, el moralista, ora desarrolle sus concepciones abstractas, ora las aplique a los individuos, no puede perder de vista que éstos se hallan condicionados a las necesidades corpóreas. ¿Qué es un individuo hecha abstracción de estas últimas? un ente ficticio, imaginario, sin realidad, y prescindir de las mismas equivaldría para el moralista a suprimir su sujeto propio, el sujeto de la moralidad. Insistir en esto sería nimiedad manifiesta.

Cielo y tierra son dos palabras que expresan la universalidad de las cosas. El Cielo señala el término, la meta, la gran finalidad a que ha de aspirar de continuo el hombre en su temporal existencia; pero no es menos verdad ni menos cierto que su peregrinación se verifica en la tierra. Nadie puede decir en absoluto «os dejo la tierra a trueque de conseguir el Cielo», como ni tampoco nadie puede decir, según se cuenta de cierta reina de Inglaterra, «abandono el

Cielo y me quedo con la tierra», lo que sería aberración espantosa. Indudablemente para una alma verdaderamente espiritual son gran pesadilla los cuidados materiales; mas al fin y al cabo, quiéralo o no lo quiera, tiene que apechugar con ellos.

No hace muchos años (cumplen ahora doce) se reunió en Bourges, bajo la presidencia de su Arzobispo y con la bendición del Papa, un Congreso de sacerdotes. Allí se recordaron por el clero francés muchas de las verdades referentes al asunto que actualmente, en las presentes líneas, nos ocupa. Además de las aducidas, se recordó que Jesucristo, al ilustrar y vigorizar los espíritus encaminándolos hacia el Cielo, no pocas veces empezó por sanar los cuerpos. Y luego, en una multitud de informes, escritos y memorias, se dieron a conocer estudios de carácter sociológico, tales como la mutualidad, cajas de ahorros, cajas dotales, bancos populares, habitaciones para obreros, etc., etc.; siendo de notar que muchos de los planes allí expuestos venían siendo ya practicados por sus respectivos exponentes, párrocos en sus propias feligresías, de modo que con razón pudieron aplicarse a algunos de los que expusieron sus ideas las palabras del célebre Pascal «pensaba encontrar un escritor, y he encontrado un hombre».

De esta manera quedó ensanchado el propósito y con él la esfera de acción del clero francés. Como antes, su preocupación era la salvación de las almas; pero no tanto por convicción propia, cuanto por obedecer a la corriente de los tiempos, y siempre con la mira puesta en asegurar el mayor éxito a su acción propia, quedó definitivamente orientado el clero francés hacia el fomento de los intereses materiales, cosa muy distinta, por cierto, del simple socorro de las necesidades corporales a cual piadosa tarea se dedicó siempre con todo su ahinco la Iglesia desde los orígenes mismos del Cristianismo. El programa de acción social y económica, salido de las deliberaciones del Congreso de Bourges, lo tenía adoptado ya hacía algunos años el clero belga. Uno y otro clero, y otro tanto puede decirse hoy de todo el clero del orbe católico, al prestar su atención a las cuestiones económicas, no ha hecho sino concordar su conducta con el impulso comunicado por León XIII en su inmortal Encíclica sobre *el estado actual de los obreros*. Por donde se vé que lejos de ser para el sacerdote una humillación ocuparse en el cuerpo, lo estima, por el contrario, como integral función de su sagrado ministerio.

Muchas clases de bienes tiene el hombre a la vista. A pesar de su multiplicidad, vienen todos comprendidos en los conceptos de *honesto, útil y deleitable*. Advierte el gran metafísico Suárez que esta división la agota toda, pues no hay medio entre las tres clases de bienes dichos. Todo bien humano es tal, o porque conviene a la naturaleza racional del hombre, o porque le sirve para conseguir otro bien, o por el placer que su posesión le acarrea, en el cual placer, y quien dice placer dice igualmente bienestar, descansa la facultad apetitiva como en su término propio. A este placer o bienestar lo llama el gran metafísico *condimento de un bien superior*, y como

que siempre trata las cuestiones con gran profundidad, añade luego, que apetecer este condimento con intención primaria poniendo en él principalmente la mira, es indecoroso, indecente, inhonesto Esta verdad es importantísima para el moralista y para todo hombre que quiera ser verdaderamente moral. Nunca, en ninguna ocasión, en ninguna parte, ni aun en el Cielo mismo, le sería al hombre decoroso apetecer el bienestar proponiéndoselo como a fin primario. Y menos lo será acá en la tierra, que es lugar de peregrinación y de purificación al propio tiempo. Aquí el bien superior es el ejercicio de la virtud, y no hay inconveniente en que se apetezca el bienestar, pero a condición sólo de que a merced de la quietud del alma se pueda ejercitar con mayor facilidad la virtud. En resumen, el placer nunca puede ser *predominante*, siempre ha de ser *serviente*, según lo había hecho notar ya San Agustín al defender la bondad de las nupcias contra los Maniqueos.

Se ha dicho que el contenido del Evangelio es el *Ascetismo*. Eso, dicho así, tal como suena, no es verdad. No otra cosa quisieran no pocos hombres, reñidos con el espíritu del Evangelio, para de esta manera romper con el Evangelio y entregarse a sus anchas al goce de los bienes terrenales. Y de hecho andan por ahí, por el gran mundo, algunos llamados *intelectuales* que precisamente a título de tales rechazan de plano el Evangelio y con él a todo el Cristianismo, suponiendo que entraña la negativa absoluta del mundo y es contrario, por tanto, a la naturaleza y a la vida ordinaria de los hombres. ¡Cosa particular! Schopenhauer es decidido adversario del Cristianismo. Sólo lo alaba por haber producido a un San Antonio y Francisco de Asís, personificaciones típicas, según él, del ascetismo cristiano, mientras que en todo lo demás lo declara contrario a la razón humana. Al menos Tolstoy, que en cuanto a la interpretación del Evangelio coincide con las ideas de Schopenhauer desde el punto de vista del ascetismo, llevó sobre éste la ventaja de haber puesto en acuerdo su conducta con sus ideas. De todos es sabido que Tolstoy en sus últimos tiempos fué un gran asceta, en el sentido de haberse privado voluntariamente de muchas comodidades de la vida.

El ascetismo es parte del Cristianismo; pero no es todo el Cristianismo. Acompaña al Cristianismo, y aun puede decirse que acompaña a toda religión que merezca tal nombre, como lo vemos practicado en el Budhismo y como se viera también practicado por algunos Estoicos y algunos de los Teósofos de Alejandría, además de verlo igualmente puesto en práctica por los esenios entre los Judíos. Pero, repetimos, no es todo el Cristianismo, ni mucho menos. «Toda la virtualidad intrínseca del Cristianismo consiste en la gracia del Espíritu Santo difundida en nuestros corazones mediante la fe en Jesucristo» se enseña en Sagrada Teología. Son palabras propias de Santo Tomás de Aquino.

Precisa dejar bien sentado lo que se entiende por *ascetismo*. Es palabra griega de origen, y aunque literariamente significa *ocupación*, recorre variedad de sentidos. El primero que la empleara pare-

ce que fué Plutarco en uno de sus escritos morales, no en sus famosas *Vidas paralelas;* y en este autor aparece como sinónima de abstención o abstinencia de platos exquisitos. Luego pasó a significar un género de vida dedicado totalmente a la contemplación y lleno de austeridades y penitencias, al cual género de vidase dedicaron muchos cristianos, bien aislados, bien reunidos en cenobios, desde los orígenes mismos del Cristianismo. Tenemos a este propósito un precioso pasaje de Filón (vivió en el siglo I), que copiado por Eusebio de Cesárea en su Historia eclesiástica, dice lo que sigue: «Se fabrican —habla de los cristianos— pequeños oratorios retirados en los campos, a los cuales dan el nombre de monasterios. Allí pasan la vida, lejos de los demás mortales, en ejercicios de piedad y celebran los sagrados misterios. Todo el día, desde el alba hasta ponerse el sol, está consagrado a ejercicios piadosos y al canto de los salmos e himnos. Se acusarían severamente a sí mismos si por cuidar de sus cuerpos con lo no necesario, perdieran un tiempo consagrado enteramente a la contemplación de las cosas celestiales. Sólo toman, después de puesto el sol, una comida frugal y parca». Nótese bien que Filón era judío, nacido en Alejandría. Ultimamente, en San Basilio pasa a significar la palabra ascetismo la vida espiritual toda entera, como lo manifiesta el que llama constantemente *escritos ascéticos* e *instrucción ascética* a los libros que tratan de la vida a Dios consagrada. Por donde se vé que la palabra ascetismo tiene tres sentidos diferentes: uno restringido, el de Plutarco; otro lato, el de los Santos Padres San Cirilo, San Clemente, San Juan Crisóstomo, los cuales entienden por ascetismo la *vida cenobítica;* y por último, otro amplísimo, el de San Basilio, tal como se ha venido usando constantemente desde este Santo Padre y se usa en nuestros días. Conviene que el teólogo, y en general todo apologista de la religión cristiana, se fije en esta diversidad de sentidos, a fin de responder adecuadamente, según los casos, a la multitud de objeciones que suelen presentar los adversarios del ascetismo.

No hay dos clases de Cristianismo, de invención arbitraria de la Iglesia, según pretenden algunos de los *intelectuales* de que hemos hablado poco antes: no existen dos clases de Cristianismo, uno superior y otro inferior; uno de los que se han retirado al claustro y otro de los que continúan viviendo en el mundo. No, mil veces no, puede afirmarse esto, y caso de afirmarse, mil veces no puede admitirse. Una misma ley fundamental rige para todos los cristianos; todos deben aspirar a unas mismas cosas grandes, a unas mismas cosas excelsas; todos deben encaminarse a la perfección del espíritu y a la última finalidad de los cielos. ¿Acaso hemos hecho distinción de cristianos, al tratar nosotros en los anteriores artículos de la perfección moral a que se halla obligado todo cristiano, y aun podríamos añadir todo hombre que viene a este mundo, quienquiera que sea? A todos indistintamente se ha dicho: «sed perfectos como lo es vuestro Padre que está en los cielos». La única diferencia está en los medios. ¿Creéis en conciencia que vuestra vocación os llama a una completa

abdicación de vuestra voluntad propia, con todo lo demás, consecuencia de esto mismo y relativo a la pobreza y a la castidad? Pues reunios en común bajo una misma regla, y en el claustro servid a Dios, y desde el claustro servid a las gentes. ¿No os llama a esto vuestra vocación, sino que estáis convencidos de que cualquiera que sea vuestra condición en el mundo, sin abandonar vuestro estado ni oficio, podéis ser buenos cristianos y alcanzar vuestra salvación eterna? Pues no hay inconveniente en ello; continuad en buena hora en vuestro estado y oficio observando los mandamientos. *Serva mandata*. De esta manera, así como «en la casa de vuestro Padre, que está en los cielos, hay múltiples mansiones», así también resultan múltiples mansiones en la tierra.

La penitencia, la mortificación de la carne, el desasimiento de los bienes terrenos en una forma u otra, la privación voluntaria de más o menos cosas, la austeridad en mayor o menor escala ejercida, en una palabra, el ascetismo, más o menos restringido, siempre será practicado por quien sienta de veras el Cristianismo, y sientiéndolo lo lleve a la práctica igualmente de veras. Porque, ¿cómo aspirar a lo celestial y divino sin experimentar más o menos desprendimiento de las cosas de la tierra? ¿Es posible tenerse por pecador, y todos lo somos, sin practicar en una forma u otra la penitencia? Y por fin, cuando son tantos los objetos que solicitan nuestro apego, enemigos en este concepto de nuestra salvación eterna, ¿quién habrá que no los abandone completamente, cuanto le es posible (estado religioso)? ¿o no los combata denodadamente hasta reducirlos a la unidad del espíritu (estado general de los fieles)?

Y ahora decimos que mientras se tenga lo necesario, todo lo demás, en realidad, sobra. *Porro unum est necessarium*. Pero también decimos que El que nos enseñó esta verdad capitalísima del Cristianismo, es El mismo que nos enseña a pedir *el pan nuestro de cada día*. Y para concluir, añadimos las palabras del príncipe de los Teólogos, Santo Tomás de Aquino, *un mínimum de bienestar es necesario para el ejercicio de la virtud*.

Y así, a manera de resumen y compendio, damos por resuelta la pregunta con que encabezamos el presente artículo.

JUAN COLOMER, Sch. P.

MUNDO, MUNDILLO.....

Tal es el título de la última producción de los hermanos Quintero. La mala acogida que el público madrileño dispensó a su representación, y las encontradas opiniones de los críticos, que mientras unos andan en afirmar que es comedia que no vale la pena, otros la colocan entre las mejores producciones quinterianas por parecerles de perlas, avivó nuestra curiosidad e hizo entrarnos el deseo de conocer la obra.

Cualquiera que lea las primeras comedias escritas por los Quintero, y saboree el suave aroma de las vegas andaluzas emanado de

sus graciosos y límpidos diálogos, que obligan, reflejando lo que uno siente, a sonreir y mostrar cara satisfecha, si luego se abstrae en sus últimas producciones, seguramente le producirán éstas el efecto de una musa poética *venida a menos,* que se deshace, según frase de un escritor contemporáneo en «un sentimentalismo azucarado que se pega a los dedos». He aquí, concretando, la opinión que llevamos formada de la labor de estos dos poetas.

Mundo, Mundillo..... acaba de confirmarnos una vez más en nuestra idea.

Mundo, Mundillo..... es una comedia, que por la poca fuerza de la fábula mejor hubiera estado dividida en dos actos que en tres, y ello es causa de que el desenvolvimiento, en general, se resienta aún más de la pesadez que de suyo ya entrañan algunos diálogos. El asunto versa sobre la lucha sostenida por *Rafaela,* viudita joven, seria y ordenada en todo, entre el triste recuerdo de un esposo y el nuevo amor que le inspira *Daniel,* aperador de un cortijo que posee *Don Pablo,* el padre de la protagonista. La acción gira alrededor de la aparición de un cometa, que según la voz pública, y con ella el sentir de algunos personajes de la comedia, ha de acabar con la tierra: entre éstos hállase *Don Dionisio,* hombre miedoso, muy pródigo cuando cree salir de algún peligro, de lo que se aprovecha el muy tuno de *Topete,* secretario particular de Don Pablo, que anida una pasión ciega por el juego. Personaje importantísimo resulta ser *Quintica,* muchacha de El Toronjil, presuntuosa, embobada ridícula, que entra de criada en casa de Don Pablo y enamórase también de Daniel, quien no está por ella sino por Rafaela su señora.

El asunto de la comedia, como hemos apuntado antes, es poca cosa para llenar los tres actos de que se compone, y ello contribuye no poco a la pesadez que notoriamente entraña ya de sí el *sentimentalismo* de Rafaela, diverso, sin embargo, del que los mismos autores retratan en sus producciones anteriores; así, hasta en su penúltima obra, en *Malvaloca,* el sentimentalismo raya en *sensiblería,* mientras que en *Mundo, Mundillo.....* podríamos llamarlo *apagado y fúnebre.* Esto último es ya común en las más recientes comedias de los hermanos Quintero, a quienes como autores festivos nadie les disputará la primacía en nuestro suelo; pero en cuanto se muestran serios, no podemos menos que repetir, con un ilustre crítico, que *nos desencantan y fatigan.*

Respecto a la construcción arquitectónica de la fábula, no desmerecen sus autores de la reputada fama que disfrutan de verdaderos artistas que conocen a fondo lo que es el Teatro: así, haciendo justicia, bueno es notar el desenvolvimiento gradual y metódico, no interrumpido nunca por entradas y salidas bruscas que no conducen a nada, verificándolo, muy al contrario, con una justeza que da a las escenas una sucesión que armoniza cada vez más el conjunto. ¡Lástima que desplieguen este arte en tratar un asunto que, si bien de una gran importancia psicológica, resulta una futilidad por el poco realce que han sabido darle!

En lo que han fallado esta vez los Quintero en *Mundo, Mundillo.....* es, sin duda alguna, en ciertos caracteres de sus personajes. *Rafaela* está presentada en una forma incompleta, no pudiendo su persona interesar apenas; pues no presenciamos ni comprendemos la evolución sufrida, al pasar del dolor causado por la pérdida de un esposo al resurgimiento de un nuevo amor. Sólo al finalizar el tercer acto presenciamos un diálogo que nos encauza algo, y cae el telón sin que asistamos de un modo manifiesto y claro a la explosión de su sentimiento, impidiendo así que recibamos el golpe final de la obra con un espíritu de simpatía hacia la pareja de enamorados.

Quintica, la criada que dice saber de todo, porque ha servido desde los nueve años al maestro de escuela de *El Toronjil*, llegaría a interesarnos si no fuera que no es ya un personaje nuevo, sino otro *Lucio* de aquel que los mismos Quintero nos dieron en *El genio alegre* y que aparece ahora en *Mundo, Mundillo.....* gracioso sí, pero en fin muy lejos de su modelo. Aparte de esto y de la brusquedad con que se enamora, es chocante ver cómo una muchacha presuntuosa recibe con frialdad el desprecio de aquél a quien ella ama, y de que cuando se convence de quién es su rival tenga aún el buen humor de llamar al campesino Daniel *er rey doncé*, y de repetir entre sollozos en aquel momento que más bien ha de ser de despecho, porque, en fin, Quintica es mujer, aquella oración que ha de hacerle olvidar su pena:

Tres suspiros guarda mi pecho
Zargan al aire en mi provecho; etc.

Este afán de hacer reir para complacer al público, con detrimento del buen sentir, podrá dispensarse a un simple sainetero que busca irresoluto el aplauso; pero no a autores que en la creación de caracteres llevan demostrada tanta competencia y son, en toda la acepción de la palabra, *artistas*.

He aquí definidas, pues, las deficiencias de los dos tipos que sobresalen más en la comedia. Hay en ella otros personajes secundarios, en cambio, que son completamente *quinterianos*, tales como el jugador Topete, la Abuela Anita, que no quiere morir ni oir hablar de la muerte, y el bueno de Don Dionisio, que reparten la gracia y el chiste en toda la obra, inculcándole el sello peculiar de los Alvarez Quintero.

En resumen: *Mundo, Mundillo.....* no puede ser del todo despreciada, pero resulta poca cosa para quienes han realzado tanto su fama en comedias como *Las Flores, Los Galeotes, El genio alegre*, etc.

Joaquín Coderch y Niella
Académico Supernumerario

TOLEDO

II

Por el solitario paseo que rodea las murallas me dirigí a la vega; las torres de todas épocas que entre cortinas de murallas se levantan, se me fueron apareciendo, cuales lisas, cuales con tapiadas ventanas, cuales con graciosos arcos de herradura, torres vetustas, que la musa popular nos las ha embellecido con sus hermosas y fantásticas tradiciones medioevales.

Y descendí hasta el Cristo de la Vega, en el hermoso rincón donde antes hubo la visigótica basílica de Santa Leocadia: la capilla estaba solitaria y triste, la mano del crucificado continuaba en aquella extraña posición en que quedó al jurar sobre los Evangelios..... según cuentan las leyendas.

Atardecía; el sol estaba próximo a desaparecer, y por primera vez en mis paseos solitarios busqué donde sentarme. Me dirigí al río, junto a las murallas sobre las cuales se extiende un paseo que de la puerta del Cambión parte, rodeando la ciudad: en el fondo se levanta el macizo puente de San Martín con sus puertas almenadas y junto a mí, como aislado por fortísimas y vetustas murallas y torreones de piedra, surge aún, medio en ruinas, anidando las plantas trepadoras entre las piedras que se desmoronan, solitario, triste, respirando un ambiente de recuerdos sin nombre, junto al Tajo que besa sus pies... el poético Baño de la Cava.

Allí me estuve esperando la noche... allí vi la primera estrella, y entonces dejé aquel hermoso paraje para volver a perderme por aquel dédalo de callejuelas que integran la antigua Toledo.

Fantástico e imponente se recortaba con sus mil agujas, San Juan de los Reyes sobre un fondo rojizo: las conversaciones de las casas toledanas de mi alrededor versaban sobre la hora del retiro; empezáronse a cerrar puertas, y yo abandoné las afueras para meterme en el centro de la ciudad.

Las calles estaban solitarias; empecé a internarme por ellas, descubriendo a lo mejor, después de una brusca revuelta, la luz de una lamparilla de aceite cuyos cercos temblorosos iluminaban apenas, un viejo retablo o una solitaria imagen; mis pasos resonaban en el mal empedrado suelo y a sus ecos parecían responder, como en sueños, lejanos rumores de espadas chocando entre sí, por la mirada de una dama, las sonoras pisadas de antiguos caballeros cubiertos de hierro, los tañidos melancólicos de los laúdes sonando bajo las ventanas de una gentil castellana.

Todo esto y más aún parece oirse en la soledad de la ciudad dormida; de tarde en tarde cruzo con alguna vieja rezagada o con un apresurado transeunte que dobla precipitadamente por una esquina y se pierde de vista..... un penetrante olor embalsama la calle..... desemboco a la playa de las acacias, desde la cual veo aún la naciente luna que no tardará en ponerse.

Y voy cruzando calles y más calles, hundiéndome más y más en el

silencio que en ellas reina; paréceme estar en una ciudad encantada cuyo silencio me atrae hacia un lugar ignorado y misterioso; oigo a lo lejos unos apagados cánticos cuyo misticismo y tranquilidad me atraen hacia el lugar de donde parecen proceder. Paso junto al convento de Santo Domingo el Real y luego por el cubierto pasadizo, el más hermoso de todo Toledo, en el que la acción de tan diversas civilizaciones ha marcado un sello único e indeleble; los cantos de las monjas dominicas va perdiéndose; la luna se ha puesto y el silencio de las viejas calles es absoluto.

Paso junto a San Vicente y luego por San Nicolás, completamente de noche; crúzome con algún rezagado cadete que se dirige apresuradamente al Alcázar, volviéndose a ratos para mirar una blanca mano que desde un alto balcón, cuajado de flores, le despide amorosamente. Suenan lentas y solemnes las horas en la Catedral; vuelvo a toparme con la capilla del Cristo de la Luz y me introduzco en el arrabal de la Antequeruela. Atravieso la calle de la Lamparilla y salgo al Zocodover. En sus cafés reina aún gran animación, que se prolonga a través de la calle del Comercio y cuesta del Alcázar.

Vuelvo a meterme por las calles viejas; los murmullos del centro de la ciudad van apagándose gradualmente; sin saber por dónde, cruzo calles y más calles, para salir fuera de la ciudad, dominando el río. En las paredes de una iglesia, una gran cruz se distingue iluminada por los misteriosos reflejos de una lamparilla de aceite: rodeo la solitaria iglesia y me llego hasta el río. Destacándose en un firmamento profusamente estrellado, las torres del Alcázar se levantan por la derecha: por la izquierda, un sin fin de campanarios de ladrillo se distinguen confusamente: abajo, a lo largo del río, se notan los restos del puente romano, algún viejo molino, la casa del diamantista, con sus achatadas torres, algún peñón que corta la corriente..... Paso junto a conventos e iglesias, en medio de un silencio extraordinario; en el fondo de una calle un farolillo luce frente un retablo..... Es el Cristo de la Misericordia..... Mucho tiempo hace ya que lo buscaba entre el laberinto de viejas calles y lo acabo de encontrar en este rincón obscuro..... Largo tiempo quedo frente a él, sintiendo en un momento, por aquella desconocida imagen, una devoción profunda y nunca sentida.....

Parece como si acabara de cumplir una importantísima misión, pues ahora ya cruzo por las calles de la ciudad, más alegre, como más aliviado de una gran carga, como confortado con su casual visita... Pero a pesar de eso, torno a dar vueltas por calles empinadas e imposibles, rodeando iglesias en las que aparecen, destacándose sobre el cielo, siluetas de endriagos y dragones que de los altos terrados de un gótico templo muestran hace luengos siglos de intemperie sus fauces abiertas; y paso por la calle del Pozo Amargo, y vuelvo a oir tocar horas, en la catedral; cruzo calles y más calles, y desemboco en una plaza: en ella se levanta lo que fué palacio de un magnate árabe, donde más tarde un monarca castellano edificó su mansión y donde más tarde, tapiándose ventanas y cerrándose puertas, levantó-

se una espadaña en la que el triste sonido de la esquila llama a las monjas de Santa Isabel a sus oraciones. Volví a pasar por Santa Ursula, por Santo Tomé, por aquella plazuela de las Acacias, por calles más y más tortuosas y escondidas; pasé junto a San Román, a San Pedro Mártir y San Juan Bautista, iglesias en las que por la mañana había visto sus hermosos cuadros del Greco y aquellos severos sepulcros, cuyas blancas estatuas de rodillas, infundían al templo un aire de místico misterio.

Junto a unos jardines cojo la calle de Toledo y luego vuelvo a salir al Zocodover, esta vez completamente silencioso y vuelvo a salir de él por el arco de la Sangre y paso junto a la torre mudéjar de la Concepción y por frente al hospital de la Santa Cruz, y bajo al puente de Alcántara, frente al cual se yergue el fantástico castillo de San Servando.....

Es ya tarde; son las dos de la madrugada: me retiro al Hotel, guardando para toda la vida la impresión de aquellos hermosos paseos a través del dédalo de callejuelas que en artística confusión guardan restos y más restos de todas las civilizaciones, y en cuya atmósfera, cargada de perfumes de sus flores, parece flotar el alma de una pasada grandeza que nos cuenta poéticas leyendas, hermosas tradiciones, misteriosas consejas, verídicos hechos de armas, ignoradas narraciones, que forman el espíritu, el alma, el mayor ornato de la Imperial Toledo.

Antonio Gallardo
Académico de Número

P. S. Escrito este artículo, leo en la *Fulla artística* de *La Veu de Catalunya* una carta que un conocido crítico madrileño le envía protestando de los atentados que quieren perpetrarse en la hermosa ciudad de Toledo; todos los amantes del arte debemos ponernos a su lado para impedir estas profanaciones de nuestras históricas ciudades, hechas siempre sin motivo alguno.

La carta dice así:

«Escribo a usted en interés del arte y de Toledo. Se trata de derribar todo un barrio para agrandar el jardín del Colegio de Doncellas; de inutilizar, para estudio y recreo del público, la calle del Angel, con sus preciosos puntos de vista de San Juan de los Reyes; el arquillo de la Judería, entrada principal de ésta, y una porción de casas de carácter de época que forman dicha calle y la de las Bulas Viejas, la primorosa ermita de Santa Ana y el pasadizo que lleva el nombre del Colegio citado, que lo forman casas arábigas.

En compensación de esto se proyecta, a más del jardín citado antes, una vía recta adornada con un muro de la arquitectura del estilo de la torre de Santa Cruz de Madrid, con almenitas de confitería y con sus acacias de bola.

Lo peor del caso es que se sienta un precedente funestísimo, cuya consecuencia será la desaparición de lo más interesante que

Toledo encierra. Así se quiere atraer a los turistas y se pretende embellecer la ciudad, substituyendo con cursilerías presidiables el supremo interés de la verdad histórica.

¿Por qué no se habían de promulgar leyes o reglamentos como los que existen en Brujas o en Venecia, que prohiben cambiar el aspecto de aquellas poblaciones y determinan el carácter de todo lo nuevo que se construye? Alegan que el barrio es poco higiénico, sin tener en cuenta que toda la población lo es, por no existir apenas la limpieza municipal, y por permitir que vivan muchos centenares de cabras mezcladas con las personas en todos los barrios, y que donde se le antoje a cualquiera haga un vertedero de inmundicias. El barrio que pretenden suprimir puede higienizarse, como todos, y en cuanto al interior de las casas, sólo se necesita crear costumbres nuevas, o mejor, seguir las de otros tiempos, pues sabido es que las antiguas de la ciudad, como continúan siéndolo hoy en determinadas calles y distritos, eran y son de limpieza y cuidado.»

BIBLIOGRAFÍA

Ramillete del ama de casa, escrito por *Nieves*. Contiene fórmulas de *Cocina y Repostería*. — Luis Gili, editor, Clarís, 82, Barcelona.

¿Otro libro de cocina? — Sí, «otro» libro de cocina; pero no *otro como hay muchos*, sino como no existe ninguno en España.

El *Ramillete del ama de casa* es un libro de cocina que contiene, en su primera parte, varios centenares de *recetas* para condimentar bien y económicamente los platos más exquisitos y variados, con la «agravante» de que todos ellos, sin exceptuar uno, han sido preparados repetidas veces por la autora, y otras tantas muy justamente elogiados por las respetables y competentes personas invitadas a la mesa en que *Nieves* luce a menudo los primores de su habilidad en ese ramo importantísimo.

Nieves no es una «cocinera»; es una distinguida señorita que oculta con ese seudónimo un nombre bien conocido en la buena sociedad, y que se ha especializado en «cosas de cocina», llevada de sus aficiones. Cansada de proporcionar «fórmulas» a todo el mundo, y convencida de que inumerables amas de casa podrían economizar mucho dinero y proporcionar a los suyos comidas verdaderamente deliciosas, procediendo como ella procede, se decidió a escuchar las súplicas que en mil ocasiones se le hicieron, recopilando sus observaciones en este libro, con el que no busca ni gloria ni provecho.

El prologuista de la obra, persona a todas luces competentísima en la materia, excelente «gourmet», reconoce y confiesa con entusiasmo que los manjares condimentados por *Nieves*, con arreglo a las fórmulas de este libro, resultan insuperables; y la autora afirma y repite que siguiendo sus fórmulas pueden las amas de casa hacer grandes economías en el presupuesto. ¿Caben mayores elogios de una obra como la que anunciamos?

Pero donde el *Ramillete del ama de casa* supera con mucho a todas las obras similares, y se hace acreedor a todas las recomendaciones, es por lo nutrido y completo del ramo delicadísimo de Repostería. Aquí es donde la primorosa *Nieves* ha echado el resto. Helados de todas las clases, turrones de todas las marcas, tartas de todos los géneros, variaciones infinitas de confites, platos de dulce desde los más conocidos a los más delicados y difíciles...; para todo da *Nieves* recetas e instrucciones, que hacen del libro que anunciamos una verdadera maravilla.

Bibliófilo

IMPRENTA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD. — MONTEALEGRE, NÚM. 5. BARCELONA